

PROLOGO

El trabajo que tenemos el honor de prologar bien merece unos párrafos de presentación. En primer lugar, porque se plantea un problema que, a pesar de su innegable interés, ha quedado relegado entre la numerosa serie de temas sobre los que desde hace años no se ha abierto una problemática original basada sobre el estado actual de la investigación. En segundo lugar, porque un ensayo de presentar seriamente las cosas desde un punto de vista nuevo y arriesgado merece siempre, a nuestro juicio, ser alentado. Y, finalmente, porque la autora podía haber soslayado la cuestión, dejándola discretamente de lado.

En efecto, se publica aquí una parte de la tesis doctoral de Gabriela Martín que es, hasta cierto punto, marginal en relación con el tema que eligió. La tesis se titulaba «Estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea en época romana», y estaba constituida por dos partes fundamentales. La primera, la ciudad de Denia, la Dianium romana. La segunda, los resultados de las excavaciones de la autora en la villa y yacimiento romano de salazón de pescado de la Punta del Arenal, de Jávea. Ambas partes, por conveniencias de edición, se publicarán por separado. La parte referente a Denia, dentro de las series del Instituto de Estudios Romanos de la Institución Alfonso el Magnánimo (C. S. I. C., Diputación Provincial de Valencia), y la que trata de Jávea, en los «Trabajos varios» que edita el S. I. P. de Valencia. Pero la Dra. Martín quiso además incluir una introducción planteando el problema de Hemeroskopeion, que cae dentro de la zona estudiada, como precedente al problema de la romanización que constituía la base de su trabajo. Queremos hacer constar, como director de la citada tesis, que no fue por presión nuestra si se adentró en el espinoso problema de los posibles precedentes de la colonización griega en la costa objeto de su estudio. Más bien todo lo contrario. Pusimos mucho cuidado en que no se dejara influir por lo que nosotros pensábamos y ya habíamos apuntado en publicaciones de índole general sobre la famosa supuesta ciudad griega.

Sabíamos a lo que se arriesgaba. Nos parecía evidente que de plantearse el problema sobre bases arqueológicas, con metodología moderna, debía llegar a conclusiones de tendencia negativa. Es decir, a resultados que la

obligarían a ponerse enfrente de una tradición que, por venir de la época del Renacimiento y no haber sido objeto de ningún estudio monográfico que pudiera servir de precedente a sus conclusiones, no sería bien recibida —es lo menos que se puede decir— por muchos de nuestros colegas. Hemos vivido previamente esta experiencia, tratando del mismo caso. Pero una vez constatada su ambición, por otra parte perfectamente lícita y laudable, tampoco quisimos cortar las alas a un trabajo de investigación del que, por otra parte, bien faltados estábamos.

Y conste que no es retórica. Como muestra de hasta qué punto el problema ha sido dejado de lado en muchos años basta con un ejemplo. El caso de Denia, identificada con una imaginaria «Diniu» ibérica. Han pasado más de cuarenta años desde que se lee con mayor seguridad el alfabeto ibérico y hasta hoy no se ha aplicado en los estudios sobre Denia que «Diniu» no es otra cosa que una mala lectura, decimonónica, de la leyenda de las monedas ibéricas de «Dabaniu». Leídas «Diniu» (cosa justificable en su época, antes del alfabeto fijado por Gómez-Moreno), fueron atribuidas a Denia sin otra razón que la semejanza de nombre. Desde entonces se viene repitiendo que además de una colonia griega Denia fue una población ibérica que emitió piezas indígenas de la serie del denario. Sin duda, los numismáticos no ignoran que la supuesta ceca «Diniu» no existe, y se ha eliminado de las listas. Pero cuando se trata de Hemeroskopeion se repite que hubo en relación con la «ciudad» griega, una «Diniu» ibérica que estaba, precisamente, en Denia...

Basta este toque de atención para advertir al lector la conveniencia de meditar bien las páginas que siguen antes de tomar la cómoda postura de rechazar un trabajo serio y metódico en aras de una venerable tradición erudita, que no tiene en su favor argumentos tan sólidos como a primera vista pudiera creerse.

Conviene dejar bien claro que Gabriela Martín no trata de la cuestión de las influencias griegas en el sector meridional valenciano y más allá. No es éste el problema planteado. El uso del alfabeto griego para escribir textos en lengua ibérica en Alcoy o en el Cigarralejo, ciertos elementos que pueden haber colaborado en la creación de la gran escultura ibérica, etc., muestran como difícilmente cabría poner en duda que hubo una difusa penetración cultural helénica. Pero esto ¿tiene algo que ver, necesariamente, con la existencia de una ciudad colonial llamada Hemeroskopeion, que tuvo que estar en Denia? La idea que para el establecimiento de una corriente cultural es indispensable un determinado tipo de colonización urbana es algo que está por demostrar. Paradójicamente, las únicas fundaciones coloniales con categoría urbana que existieron con seguridad en las costas peninsulares, o sea Emporion y Rhode, no dieron lugar a influencias de este tipo sobre su «hinterland» inmediato.

Sin duda, el argumento negativo en arqueología hay que tomarlo siempre con la máxima prudencia. Pero no es lícito aducir que si no hay hallazgos

griegos en Denia, o en torno, es porque la zona no ha sido explorada, como a menudo se ha escrito. El trabajo de Gabriela Martín es el primero que se realiza de modo sistemático, con métodos actuales, pero la preocupación nace ya en el siglo XVII, cuando se realizaron las primeras excavaciones, y no se interrumpe. Como es lógico, por otra parte, dada la sugestión de los textos antiguos y el fabuloso prestigio de los griegos a partir del humanismo renacentista. Además, se da el caso de que estamos frente a una costa donde las áreas a investigar son relativamente pequeñas, como lo son las playas y puntos costeros abrigados, abiertos entre peñascos y acantilados.

A partir de la publicación de este trabajo creer que en Denia existió una colonia griega, de tipo urbano, llamada Hemeroskopeion, podrá tener defensores. Pero será por una cuestión de fe, no de razonamientos con base documental arqueológica. Por lo menos los autores en esta posición tendrán que hacer constar, como base única, la esperanza que un día se posean elementos para demostrarlo. ¿Quién se atreve a decir que es imposible? Pero en el estado actual del problema, y sin nuevos datos seguros, habrá que atenerse a las conclusiones que aquí presenta la autora. Conste que celebraríamos la aparición de las ruinas de una ciudad focense en tan bellas costas. ¡Espléndido regalo para nuestra ansia de excavadores! También nos parecería magnífico hallar en el litoral de Denia, unos kilómetros más arriba o más abajo, una colonia micénica, pongamos por caso. Pero a la hora de escribir historia no son las ilusiones lo que cuenta, sino los documentos.

M. TARRADELL